

Fortune, infortune, fort une

–Lo mejor que podíamos hacer es marcharnos de este pueblo y, al salir, sacudir el polvo de nuestras sandalias. Aquí no hay nada que hacer. Ya me avisaron con antelación que el vicario Bochard tiene que hacer malabarismos para encontrar algún tonto como nosotros que quiera venir a esta parroquia.

El que así hablaba, apresuradamente y con indignación incontenida, era el segundo vicario de la parroquia de Bourg-en-Bresse, Luis Rossat, que entraba en la sacristía donde el primer vicario, el Padre Coindre, también acababa de llegar procedente del altar mayor en el que había celebrado la misa.

–¿Qué le pasa, Luis? –dijo Coindre mientras se quitaba la casulla y besaba la cruz de la estola.

–Nada, que me he encontrado con el pobre señor Simon, nuestro antiguo sacristán, y me ha puesto al día de las últimas noticias que se escuchan en la calle. Para no ser muy exhaustivo, enumero solo las que me han parecido menos terribles: los niños dejarán de venir a la catequesis a partir del primero de octubre porque tienen que ayudar en la vendimia; los concejales han votado para ver si se destinan fondos a arreglar el tejado de la parroquia, y han decidido en contra; se han reunido los masones del pueblo para proponer al señor alcalde que el próximo maestro sea laico y, por supuesto, masón como ellos.

–Ya sabe que el señor Simon está muy mayor y siempre ve el lado pesimista de las cosas –respondió Coindre como disculpando la situación.

–Eso no es todo –le interrumpió Rossat con ganas de continuar con su retahíla de desgracias–. El padre Chapuis, nuestro párroco, está de nuevo pescando y nos deja a nosotros con todo el trabajo; las limosnas que recaudamos en las misas y los cepillos no llegan ni para comprar lamparillas; nuestra casa está destartada y no se mueve un dedo para tener decentemente compuesta la casa de los curas.

–Ya vale de infortunios. Tranquilícese padre Rossat –dijo Coindre levantando las manos como si sirvieran de defensa al aluvión de improperios que salían de la boca de su compañero–. Mejor si nos damos un paseo y aprovechamos esta espléndida mañana. Quiero mostrarle algo.

Al cabo de un rato, los dos jóvenes sacerdotes salían de la parroquia de Notre Dame de Bourg. Era un luminosa mañana del mes de octubre de 1813. Coindre, el mayor de los dos, tenía 26 años y había sido ordenado sacerdote el año anterior en la primacial de Lyon. Rossat era dos años menor y todavía no se había cumplido un año desde su ordenación en la misma catedral y por el mismo arzobispo, el cardenal Fesch, el famoso tío de Napoleón. Para ambos, Bourg-en-Bresse era su primer destino, una ciudad de unos 8.000 habitantes en la que convivían, a pocos pasos de distancia, la opulenta riqueza y la pobreza más desesperada, el fervor religioso y la increencia sarcástica, el campesino creyente y el intelectual agnóstico. Este era un destino difícil para los jóvenes sacerdotes, pero el lugar ideal en el que batirse en cien batallas y labrarse un futuro de lucha en la tierra y gloria en el cielo.

–Hace una excelente mañana para pasear –dijo Rossat mientras se colocaba el sombrero eclesiástico–. ¿Hacia dónde vamos?

–A un lugar que usted conoce bien –respondió Coindre con una sonrisa franca y optimista–. Al Real Monasterio de Brou.

–De acuerdo, el lugar es precioso –concedió Rossat–; pero usted ha dicho que hoy quería mostrarme algo especial, y el monasterio lo conozco como la palma de la mano. Vamos allí casi todos los días.

–Estoy seguro de que usted ya ha visto lo que le voy a enseñar, pero creo que no ha caído en la cuenta.

–¿En la cuenta de qué? –dijo Rossat sin poder disimular el interés por esta intriga del Padre Coindre, que ya había acelerado el paso, acabando ahí la conversación y comenzado un vigoroso paseo.

El Real Monasterio de Brou fue mandado construir, en la primera parte del siglo XVI, por Margarita de Austria a la muerte de su segundo marido Filiberto II de Saboya. La iglesia del monasterio es un impresionante monumento gótico de cinco naves y un amplio crucero. La fachada es de blanquísimo mármol de Carrara, espectacular en su estructura y decoración, capaz de quitar el aliento al viajero inadvertido de que se va a encontrar con uno de los monumentos más bellos del mundo. Aquí se llega mediante un cómodo paseo de unos 20 minutos a través de una alameda rectilínea que une la parroquia de Notre Dame de Bourg con el monasterio de Brou.

Camina, caminando, al final de esta alameda estaban ya los dos jóvenes sacerdotes. El primor del otoño iba esmaltando de colores dorados las hojas de los álamos que jalonaban el camino. Coindre se había adelantado un poco y esperaba a su compañero en la puerta misma de la iglesia.

–Vamos Rossat, lo que quiero enseñarle está dentro.

Ingresaron en el interior del templo, resplandeciente en esos momentos con la luz multicolor que se colaba a través de las vidrieras góticas. Coindre se dirigió hacia uno de los ventanales situado cerca del crucero.

–Mire esa inscripción en piedra que está debajo de la vidriera –le dijo a Rossat que se acercaba hasta ponerse junto a él.

–For-tu-ne-in-for-tu-ne-fort-u-ne – silabeó con dificultad el segundo vicario mientras ajustaba los ojos para leer a duras penas la inscripción en la piedra–. Parece que dice esto: “Fortune, infortune, fort une”.

–Así es –respondió Coindre encaminándose ahora a la pila bautismal–. Lea lo que pone aquí –añadió al tiempo que señalaba la inscripción que rodeaba toda la pila, justamente en el borde superior de la piedra.

El vicario Rossat fue bordeando el exterior de la pila bautismal mientras leía una vez más: “Fortune, Infortune, Fort une”.

–Y la misma inscripción está en aquella vidriera, en el mármol del transcoro, allí bajo el escudo, en la sillería del coro, y en otros muchos sitios de esta iglesia: “Fortune, Infortune, Fort une” –dijo Coindre apuntando de un lado a otro de la iglesia a medida en que indicaba los distintos lugares en los que se hallaba la inscripción–. Pero, por cierto, ¿sabe qué significa?

–Supongo que es una divisa –dijo Rossat intrigado por el descubrimiento–. En francés corriente puede ser algo como “la fortuna y la infortunada, fuerte una”, pero no sé exactamente lo que quiere decir.

–Se trata efectivamente de la divisa de Margarita de Austria. Una mujer marcada por la tragedia y el dolor, pero que siempre mantuvo la fe. La divisa quiere decir que la fortuna y el infortunio – o la desgracia–, son caras distintas de la misma moneda, que van implícitas en la vida y que difícilmente podemos escapar de ellas, pero que, en definitiva son aspectos circunstanciales de la existencia. Lo importante es otra cosa.

–Dígame qué es lo importante –dijo Rossat deteniéndose junto a su compañero.

–Se lo digo con las mismas palabras de nuestro padre San Ignacio en el principio y fundamento de sus ejercicios: que no queramos más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y elijamos el fin para el que hemos sido creados, el amor de Dios.

–Me gusta esta interpretación que usted hace de la divisa. Creo que es muy ingeniosa.

–Muchas gracias –respondió Coindre–. Recordarlo me ayuda a mantener la calma en los momentos difíciles y a confiar siempre en la misericordia de Dios.

Los dos sacerdotes salieron de la iglesia y se encaminaron nuevamente hacia el centro de la ciudad, con paso algo más ligero porque, entre una cosa y otra, ya había sonado la hora de la comida.